

Sofía Cortés: Nociones de una feminista

HVG@conexiónzaquencipa

Tal vez una de las primeras «decepciones» que hemos sentido las mujeres desde muy niñas es sentir que la vocación y gusto por alguna actividad, profesión o labor específica no hace parte de los parámetros que históricamente se le han endilgado al género femenino.

Ese fue el sentimiento de frustración que sintió María Sofía Cortés Santamaría cuando estando en su jardín infantil en Villa de Leyva, la maestra le preguntó qué quería ser cuando grande: «respondí que quería ser astronauta y la profesora me dijo que ese era un trabajo para los hombres. Ahí le dieron por la “muca” a mi sueño y a los sueños que muchas niñas teníamos».



A esa corta edad, fue su primer asomo de indignación con los estereotipos que marcan las brechas sociales entre hombre y mujer; así comienza su interés por ser y hacer parte activa en la región del movimiento social y político denominado *Feminismo*.

Desde ese momento Sofía comenzó a cuestionarse acerca del rol de la mujer en la sociedad; empezó a experimentar sentimientos de rechazo por el hecho de ser mujer y a tener actitudes que la identificaban más con el género masculino: «me empezó a juntar más con los muchachos, empecé a odiar las cosas que normativamente son para niñas como el color rosado, las muñecas y hasta hace poco pude conciliar esa parte femenina; entendí que no quiere decir que lo femenino sea malo, de hecho es bastante esencial, pero uno de feminista tendía a distanciarse de la feminidad porque la creíamos antagonica, porque precisamente por la misma feminidad nos han relegado a trabajos sexualmente divididos; por la feminidad nos han perpetuado a un sin fin de violencias estructurales, por esa esencia de cuidado, de renovación, de creación, de fuerza, de naturaleza».

En el colegio, en bachillerato, como respuesta a su personalidad inquieta y curiosa, emprendió un camino de aprendizaje. Comenzó a informarse y a tener más interés por entender las diferencias estructurales y desigualdades que vela entre hombres y mujeres, e inició su camino como activista.

«Anteriormente yo pensaba que para ser feminista tocaba tener teoría; tocaba informarse sobre la teoría de las clásicas de Simone de Beauvoir o de Mary Wollstonecraft, y si no las leía, pensaba que no era lo suficientemente feminista, e incluso hubo una época donde había una especie de concepción del feminismo, como una competencia: ver quién leía más, o qué prácticas hacía la otra para ver qué tanto feminista era; como un “feministómetro” (...) Siento que el feminismo se da de manera inercial, de una forma de respuesta natural, inherente a las injusticias éticas, estéticas, políticas, sociales, cotidianas y familiares y es ahí en donde, naturalmente, se empieza a ejercer resistencia a un sistema estructurado, muy latente y muy naturalizado que es el capitalismo, el patriarcado».

La universidad no solo ha sido el espacio de formación académica de la carrera que actualmente estudia—Licenciatura en Ciencias Sociales—sino que ha sido el principal escenario de conexión con otras mujeres con el mismo interés en común y la “escuela” en la cátedra de la reivindicación de los derechos de las mujeres, las iniciativas y las luchas feministas.

Desde su experiencia personal en un departamento y región reconocidos como altamente machista, su esfuerzo en contrarrestar estas acciones ha sido un proceso de «odios y amores» por la confrontación que ha implicado estar activa y ser visible en un tema aún considerado controversial.

«El feminismo activista me ha dado bastantes tusas, porque es difícil, porque por ejemplo me he dado cuenta de que tengo amigos hombres bastante violentos y he tenido que sacarlos de mi círculo social y es desprender parte de mí—que la tengo que desprender porque es nociva—. He tenido que enfrentarme a situaciones en que me minimizan, donde me sexualizan y paro, me alijo porque no las aguantó; pero luego veo que hay otras mujeres que están brillando con tanta luz propia desde el feminismo, que me revive y vuelvo. Entonces sí ha sido de muchísimo amor y desamor, porque me ha dado unos golpes que sin ellos no tendría la conciencia que tengo ahora y la conciencia de cuidar a otras y que me cuiden, de apañar a otras y que me apañen. Actualmente no estoy tan activa en temas de colectividad, porque es muy difícil estar colectivamente, más acá en Boyacá, porque el feminismo está, pero lo usan de trapo político; está bastante instrumentalizado. Cada cuatro años en las elecciones para la Alcaldía, departamentales y presidenciales nos buscan; ahí es cuando yo me guardo, pasa y vuelvo con más fuerza, porque el feminismo lo han querido volver una especie de instrumento político. Buscan qué tendencias nuevas hay en la sociedad: “ahorita está de moda el feminismo y la mujer, entonces vamos a poner nuestros carteles rosados o morados o verdes y vamos a instrumentalizarlos”».

«Ya hablando de la región, hace mucho desconozco la existencia una organización feminista como tal. Organizarse es bastante difícil, creo que formalmente no resisten esas colectividades porque tenemos todo en contra, básicamente. Si nos organizamos y vamos a un lugar público a manifestarnos, tenemos en contra a la policía pidiéndonos un oficio en donde debemos tener permiso para manifestarnos—cuando sabemos que no tenemos que pedir permiso para manifestarse porque es un derecho—. También tenemos en contra la seguridad en las calles, tenemos en contra el mismo sistema que no nos da garantías».

«Pero el tema colectivo con la mujer, incluso el solo hecho de tener una amiga, ha calado tanto en nosotras que han sido espacios donde nos podemos “salvar” de situaciones. Tener una amiga con quien conversar de lo que pasa en el día, aunque parezca un poco superfluo, detrás de esas conversaciones hay un performance que nos da pistas de cómo nos vemos nosotras; empezar a conciliar con la otra, y ya no ver más como competencia a nuestra compañera».

«Ha visto que se organizan colectividades, se reúnen grupos de mujeres que trabajan por ejemplo en turismo comunitario, se comparten espacios de sororidad y hermandad, pero del otro lado hay bastantes individualidades codo a codo. Si bien es cierto que, en este territorio, en todo el año de Zaquencipa, incluso, si hablamos en la provincia del alto Ricaurte en general, sí hay bastantes colectividades que no han logrado resistir en el tiempo como movimiento, a nivel educativo, en las universidades y en las partes rurales sí hay organizaciones de mujeres que van programando su agenda política respecto al cuestionamiento de las violencias basadas en género».



Parte de ser activista feminista es “contrarrestar” el machismo y el patriarcado—sistemas responsables de la desigualdad con el género femenino—y desde el punto de vista de Sofía, una de las formas más amables para hacerlo es por medio de la comprensión: «es muy difícil para nosotras pensarnos como el centro de rehabilitación de hombres machistas porque no nos corresponde. Si bien somos creadoras de vida y cuidadoras, sistemáticamente nos han reforzado y nos han hiperespecializado para ser solamente eso; entonces a las hermanas menores nos corresponde cuidar a los hermanos mayores, a tios borrachos, a dar lecciones de qué se debe y qué no hacer. La idea de Sofía es seguir proyectando su ejercicio como feminista desde las aulas—desde la docencia se pueden generar esas herramientas, esos insumos, esas semillitas para que la niñez logre empoderarse, cambiar su contexto, emanciparse de su contexto, cuestionar, comprender y no juzgar».

Su mensaje final es una invitación a la conciliación, al pensamiento crítico desde el respeto y la ética y un convite a que la comunidad en general incentive el interés por entender que el feminismo, más allá de ser un movimiento político y social, es el espacio en el que, al que al igual que ella y todas las mujeres denominadas “feministas” han encontrado la forma de reivindicarse con la abuela, la madre, la tía, la amiga; la mujer abusada, transgredida, violentada, y desconocida.

«El feminismo es un escudo muy íntimo de nosotras, nuestro lugar en común, nuestro abrigo; en el feminismo se maneja una intimidad tan femenina, es una esencia para cobijarnos, para cuidarnos, para compartir».

«Hay una fuerza política y espiritual muy fuerte y arrasadora que es la conciencia de sí, la sororidad, que van a acabar con esos paradigmas tan violentos... Todos estos derechos, uno a uno, los estamos arrancando, porque son de nosotras, los estamos cosechando a la fuerza. Están más que invitados e invitadas a arrancar derechos, a cosechar derechos, a cosechar resistencias con nosotras».

Siguiente



Históricos Descargar

Quiénes somos

Certías de los lectores

Suscríbete

Emprendedoras y pioneras

Das mujeres de Sutamarchán, en épocas distintas, dan testimonio con sus vidas del poder femenino. Para ellas lo que algunos esgrimen contra el potencial laboral de la mujer, la maternidad y la crianza, fue precisamente el motor que las llevó a crear sus prósperas empresas. Al quedar a la cabeza, enfrentaron la vida y no solo lograron convertir sus negocios en iconos del patrimonio gastronómico boyacense sino formar familias trabajadoras, con empuje, que afianzan con éxito y honestidad lo que ellas gestaron.

Rosa María Sierra

Era el año 1949 y la modernidad no había llegado a gran parte del territorio colombiano. Las costumbres tradicionales, las cocinas de leña y las hojas de helecho para envolver deliciosos manjares eran una constante. La imaginó araviada con el alegre y bello delantel que usan las mujeres de la región, rodeada de los ecológicos canastos rebosados de olorosas y calientes papitas criollas, ají boyacense, longaniza fresca, chicharrones crocantes y morcillas preparadas en el hogar, impregnadas de polvo. El viejo camión que desde la madrugada recorre los municipios zaquencipeños está parqueado en la plaza principal de Suta para recoger a quienes viajarán por los caminos, en su mayoría, aún de herradura, aún reales, aún indígenas. Es sábado, día de mercado en Villa de Leyva, y Rosa María Sierra está lista para desempeñar su labor comercial. Ráquira, los domingos, es otro de sus destinos.



Rosa María Sierra (1927-2015)

Tiene en ese momento 22 años —había nacido el 29 de agosto de 1927— y la vida por delante. Nunca ha ido a la escuela. Sin alfabetización alguna sí ha sido una fiel discípula de las enseñanzas culinarias de su mamá y el cuchuco con espinazo que sale de sus manos tiene la sazón suficiente para que los lugareños acudan a la casa de los Sierra, la que queda en plena plaza, para disfrutar el ancestral platillo.

Trabajadora, alegre y sumamente inteligente, Rosa María tiene en la mira un propósito claro: sacar adelante, de la mejor manera, a sus cinco hijos, tres hombres y dos mujeres. Ahora está sola; debe hacerlo y lo va logrando. Los hijos van creciendo y con ellos, los apoyos. Dora, la mayor, se radica en Bogotá y monta un restaurante en la 142 con autopista. Edgar se queda en Sutamarchán y trabaja con ella. La constancia y el empuje de la labor familiar se va notando. Del puestico ambulante y el servicio en casa pasan al primer parador. Estratégicamente ubicada, en una esquina que deben cruzar todos viajeros de la vía Tunja – Chiquinquirá, la provocativa parrilla de doña Rosa María es un reto, y la fama de la muy buena cocina se va difundiendo.



La espequita picada de La Fogueira

Han pasado 74 años desde aquel día en que Rosa María comenzó el negocio; no manejaba una calculadora pero era una maga para llevar las cuentas. Sus nietos le decían que tenía que aprender y ella se sonreía. Caritativa y generosa, en su casa siempre hubo un plato disponible para los necesitados. El 28 de abril 2015 ella partió pero dejó un inmenso legado que, por fortuna, pudo disfrutar; había fundado el más grande y conocido centro gastronómico de la Provincia de Ricaurte.

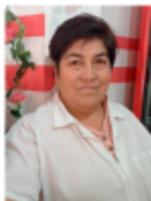
La familia de Rosa María siguió creciendo, como la empresa que formó. Su hijo Edgar, en compañía de doña Ligia, su señora, hoy son los patriarcas. Sus nietos Pedro, Rosa Eliana, Angélica y Catalina, profesionales, están al frente de la moderna y tecnificada empresa, a la que también se van vinculando los nuevos miembros. Todos sienten por Rosa María gran admiración y respeto, y la intuyen presente, velando para que todo salga bien.

Rosa María nunca fue al mar, aunque su hijo siempre la quiso llevar. No quiso montarse en esos aparatos. Paradójico, pues ella había volado muy alto con sus propias alas.

Blanca Isabel Cañón

Es el año 2002. Como todos los días, Blanca Isabel se levantó a organizar su casa, arreglar a sus niños e irse para su trabajo en el cultivo de flores de Sutamarchán. Había quedado viuda muy joven y estaba a cargo. No contaba con que ese día la iban a «echars» del trabajo, no por fallas ni por errores; simplemente la empresa cerró y los trabajadores fueron liquidados.

Con el mundo encima, sola y varias boquitas para alimentar, Blanca recurre a lo que está a su alcance y comienza a fabricar arepas: «la receta yo la inventé; yo la luché», nos dice. En principio es poca la producción. Saca la parrilla al frente de su casa y allí comienza a llegar la gente; quedan encantados, le van haciendo sugerencias y Blanca, con esos consejos perfectos la delicia culinaria. Cuando ya se ha afianzado el negocio, uno de sus hijos, mientras ella amasa y cocina en el fogón, reparte a domicilio y por las calles de Suta las sabrosas arepas.



Blanca Isabel Cañón

Luego vendría el local, en el que ahora se ofrecen también otros productos típicos de la gastronomía local. «Cuando yo empecé, no había nadie haciendo arepas», dice Blanca, con su expresión lozana, propia de una mujer segura y tranquila que va logrando sus metas. Hoy, la fila de carros estacionados, cuyos dueños se abastecen en Arepas Doña Blanca, es el mejor indicador de que estamos cerca al lugar, en el que sus hijos también trabajan. El próximo proyecto tiene que ver con una sucursal en Sáchica que está en pleno proceso de montaje. Las arepas en la zona han alcanzado tal fama que se han convertido en uno de los principales negocios de la vera de la vía a Chiquinquirá.

A esta mujer a la que la sabiduría se le revela en su amable sonrisa le preguntamos qué diría a las mujeres jóvenes que andan definiendo su destino. Blanca contesta: «Dues les diría que hay que pedirle a Dios sabiduría primero que todo. Luego, pensar en más allá y pensar en uno. Sí, ser el compinche de uno, porque la vida se va rápido, la salud se acaba, entonces, hay que emprender algo. Hay tantas cosas para hacer, para uno inventarse y poder salir adelante. Eso siempre le he dicho a mis hijas y siempre me lo he dicho, que no hay que ser, como dicen, como mantenido; hay que trabajar y tener lo propio, las propias cosas, que uno pueda disponer de lo de uno, que no tenga que andarle poniendo la mano a nadie. Eso es lo más bonito; eso es lo que le da a uno libertad».



El producto estrella de Arepas Doña Blanca

← Anterior | Siguiete →



[Históricos](#) | [Descargar](#)

Táilita Kum

Mujeres que cuidan a mujeres

Hay un viejo adagio que dice que «el hilo se rompe por lo más delgado» para señalar la bárbara incidencia del poderoso sobre el débil. Hay mujeres a las que cruelmente las rompen desde muy temprano. Pero también hay quienes, como en la antigua técnica japonesa del kintsugi, recogen los pedazos, reparan con oro los daños y convierten lo estropeado en verdaderas joyas.

Hace más de dos milenios el maestro Jesús pronunció en arameo estas palabras: Táilita Kum. Se las dijo a una niña de 12 años que estaba en un sopor profundo, cuya vida se apagaba; luego de ese «Niña, levántate», la pequeña se incorporó. En 2011, en Tinjacá, se fundó la casa hogar Táilita Kum, cuyo objeto es acoger a niñas y adolescentes que enfrentan situaciones de amenaza o vulnerabilidad. Así se salvaguardan y se les ofrecen herramientas para que puedan sanar y desempeñarse positivamente en la sociedad.



Este mural fue pintado por las niñas de Táilita Kum. En detalle, la conmovedora representación de niña levántate, imaginada por ellas

La vida de las niñas en el hogar transcurre con naturalidad y alegría. Son menores entre los 10 y los 18 años quienes residen allí. Todos los días, como cualquier otra niña, salen correctamente arregladas para el colegio donde cursan sus estudios. Regresan a la fundación al terminar la jornada y después de almorzar pueden, entre los juegos y las risas que adornan los pasillos del hogar, realizar diferentes y constructivas actividades: cultivan la huerta, se encargan de los jardines al ritmo de la música, tiene un salón de costura y manualidades muy bien dotado, sala de computadores y también un salón de televisión, en el que, además, se pueden desarrollar actividades sociales. Por las noches duermen en sus cuartos pulcros, en los que en cada cama hay un muñeco de compañía; el sueño será tranquilo porque los monstruos no están.



Las niñas pasan tranquilas y alegres en Táilita Kum, esas actividades sanadoras y constructivas.

Vale decir que las niñas no son apartadas de sus familias; ellas permanecen en contacto y durante los periodos vacaciones tienen 15 días para que, si lo desean, vayan a sus casas a pasar la temporada. Obviamente, todas las entidades involucradas en Táilita Kum se han cerciorado de que el peligro que las acachaba y las dañaba no está presente y que la pesadilla no se repetirá. El hogar cuenta, además, con asesoría psicológica permanente para las pequeñas.

Por Táilita Kum han pasado más de un centenar de niñas en estos años, cifra que debe ponernos muy alerta. Se trata de niñas que habitan en esta región y son aquellas cuyo caso, por fortuna, pudo ser detectado y al que se le pudo poner fin. Habrá muchas que no corren con esa suerte; ese número en un terrible indicador del fenómeno de violencia y delitos sexuales contra ellas en el territorio.

La casa hogar está a cargo de misioneras de la congregación peruana Hijas de María Inmaculada y en este momento la dirección está a cargo de la hermana Rosario Pesantes. La Diócesis de Chiquinquirá, a la que pertenecen los municipios del Alto Ricaurte, está a la cabeza y se cuenta con la asesoría del ICBI como garante de los derechos y libertades de la infancia y la adolescencia de las menores residentes. Quien lo desee, puede apadrinar a alguna de las niñas o puede contribuir de la manera que lo considere conveniente al bienestar del hogar y sus habitantes.

Las menores acogidas pueden permanecer en el hogar hasta cumplir 18 años. Si lo desean, en ese momento se les apoya y orienta para que puedan acceder a instituciones de educación superior como el SENA u otras entidades. Es importante recalcar que la estancia es totalmente libre y voluntaria; eso es parte integral de su proceso de reparación. La fórmula, dice la hermana Pesantes, radica en la seguridad, la responsabilidad y el amor. Eso se siente, esa es la energía que se respira en Táilita Kum.



Salón de manualidades



Sala de cómputo



Una de las habitaciones del hogar



El hermoso jardín de Táilita Kum

← Anterior | Siguiente →



Historicos



Descargar

La sabedora del Alto de las Brisas

MÓNICA GUERRERO

Los árboles más viejos del finca más dulce
Buenos días

Era el año 1928, cuando en la historia del mundo se nombraban eventos como que el papa Pio XI desaprobaba la celebración de competiciones deportivas femeninas en Roma; en la Moncloa madrileña en España, la reina Victoria Eugenia de Battenberg ponía la primera piedra de un hospital oncológico; en Tokio se celebraban las primeras elecciones por sufragio universal; y entre España y Reino Unido se inauguraba el servicio telefónico.



En Colombia, el 2 de junio a la madrugada, en la vereda de Monquirá de Villa de Leyva, el pequeño poblado de calles desastapadas y paisajes exuberantes en donde yacían casas coloniales y molinos de trigo, nació Rita Emma Munívar Valbuena: doña Rita. Una mujer dulce, pero con carácter fuerte, de empuje y mucha voluntad, a la que se le conocía por su sabiduría con las plantas medicinales y quien, además, se hizo famosa en la vereda por sus amañadoras charlas.

De estatura baja, pelo encenizado a la altura de sus hombros, el cual cubre con un viejo sombrero de gamuzo; piel morena y en su rostro y sus manos la marca indeleble que deja el pasar de los años y que muestra, con cada arruga, la experiencia de casi un siglo de edad; y de resaltar, boca de labios delgados pero con una sonrisa perfecta, que endulza la rigidez de su piel; ojos café oscuro que se llenan de brillo cuando sus párpados caídos se unen con la comisura de su boca de tanto sonreír y su risa, sin duda alguna, el sonido que mejor evoca de forma natural, serena y espontánea.

Viste con sus tradicionales atuendos, medias pantalón de lana y por supuesto su infaltable chal azul que por años lo ha acompañado a sus arduos días de trabajo y ahora es el cobijo que la acompaña a tomar el sol.

Usa su tapabocas en la quijada porque antes de salir de casa a trabajar, sus hijos le piden que se cuide, pero como ella misma dice: «ya a uno a esta edad no le pasa nada que no le deba pasar, mi Dios sabrá».

Anda siempre con su bastón, un viejo palo tallado con el que se apoya para caminar y empujar los perros que se le atraviesan o quieren entrar al corral a comerse las gallinas: «eso toca es estar pendiente de que esos gredioncheros no se me traguen los pollos».

Se levanta a las seis y media de la mañana, «antes madrugaba más pero ya no hay afán», dice y lo primero que hace cuando se despierta es encomendarse a Dios: «yo me le encomiendo todos los días a mi Dios, que él es el único, eso sí, a nuestro señor y a la Santísima Virgen, nada más, y al Espíritu Santo que le ilumine a uno todo, todo».

Pasa sus días entre la gran casa que le construyeron sus hijos con el fruto del esfuerzo de toda su vida de trabajo en el campo y la venta de algunas tierras que logró «hacerse» cuando aún se podía comprar algo por estos lados y su pequeño rancho de adobe al que se rehúsa dejar, ya que casi toda su vida (más de 60 años) fue su hogar y porque ahí conserva su cocina, esa en la que sabe cocinar, la de la fogones de carbón: «Acá es donde me la paso, porque es que acá sí me entra el sol y es donde cocino y a mí me gusta el sol porque es calientico», se ríe.

El fogón de leña está prendido con las ollas puestas, doña Rita todos los días, como si se tratase de un ritual sagrado, ve sus pollos, toma el sol y prepara el almuerzo para sus dos «hombres», sus hijos. En su menú diario no pueden faltar los granos: «Ah, eso sí, grano es lo que más me gusta! Arveja, mazorca cuando hay (señala la que tiene en sus manos y está desgranando), esta es para sembrar, pero todavía no; pero que no me falte el arroz, la papa, la yuca y el pollo criollo con guisado...».

«Es que lo que pasa es que ahorita las gallinas están encerradas porque hay una perra que es de por allá de no sé qué vecino y nos hizo una matazo que mientras mis hijos no lleguen, no las puedo sacar, jstán ahí encerradas... tremendo! ¡Yo no saco las gallinas porque yo no puedo caminar lejos y qué tal esos perros se entren detrás de uno y yo sin poder caminar y yo lo que no me rinde es caminar!, pero de lo contrario, Dios proveerá» Termina de hablar y saca una inconfundible carcajada.

A cada frase doña Rita le inyecta humor y las palabras que más repite por pura inercia son: «tremendo» y «duro, duro», con las que enfatiza todas sus historias, las cuales muchas deja a la imaginación.

Habla pausado, pero con voz firme y muy segura de lo que cuenta. Es precisa y enfática con las fechas y algunos eventos históricos. Dice que ha perdido la memoria, pero realmente parece ser más selectiva con sus relatos y es, a su retentiva, a lo que le acusa la culpa.

De vez en cuando «se le va la paloma», pero de manera muy audaz logra retomar el hilo de la historia; de repente se acuerda de algo que le sucedió y de forma abrupta cambia de tema, eso le parece divertido porque como ella misma dice «es que ya ni sabe uno de qué es que está hablando».

Recuerda la Villa de Leyva de su niñez a la que describe: «este pueblo no tenía sino unas casas de paja, y tenía las cuatro iglesias que eran: El Carmen, la Iglesia Mayor, La San Francisco, ahí donde era el hospital y era dirigido por monjas de vestido blanco, y San Agustín; cuatro iglesias tenía, no más, no había sino casas de paja, qué calles ni que nada, no ve que Leyva fue empedrada por el sargento Parra, de resto hummm... ah y las casas bonitas del pueblo».

Hay un famoso dicho que profesa que «todo tiempo anrigo fue mejor», pero aunque doña Rita, por fortuna, no cuenta ninguna historia trágica de su niñez y no tuvo una infancia violenta, no hay un recuerdo, por más de que lo intente, en donde su memoria la lleve a una anécdota de esas que uno siempre quiere recordar. No hubo juguetes, ni juegos, ni amigos, ni pasaos al río; sus pasos diarios eran recorridos de largas caminatas laborales, en donde debía negociar con ganado:

«Yo, madre mía, qué jugar ni qué nada, nosotros lo que teníamos era que trabajar desde chiquitos. Nos dedicamos toda la vida a trabajar en la agricultura y lo que saliera. A sembrar cebolla, sembrar trigo, cebada, arveja, garbanzo, de todo, todo se daba, eso era bien bonito por eso porque de todo se daba, ahora no porque cobran si no se riega, si no se compra abono, ¡ay, ahorita no!, si ve? Por eso es que la gente se enferma, porque ya está con mucho... contaminado mejor dicho... eso es así. Ah, y eso sí, eso ya los ríos ya se secaron, primero el verano, después, antes mucha agua... pero ahorita está haciendo mucha falta, pero mucha mucha porque el hielo de hoy fue muy temeroso y eso seca todo, todo es todo. Pero a nosotros nos tocaba era trabajar como esclavos, para comprar lo poco que hay... no más eso. Ayunte los bueyes, eche el arado, ponga la semilla y a trabajar miñita, eso fue duro, duro, duro; pa mí fue duro, pero bueno, acá estoy».

Desde más pequeña me tocó aprender a negociar con mi papá. Nosotros negociábamos con ganado de Monquirá pa' arriba, y me iba a pie, no había carretera, nada, nada, todo a pie, yo tenía unos 12 años; ¡eso era tremendo!, no había carreteras, era todo caminos de herraduras, todo a pie, y ahí estamos, gracias a mi Dios... yo le juro que yo tengo más salud que la que tiene los jóvenes ahora».

Una vez me llevaron un novillo a Gámbita, Santander, al coso y de allá fui y lo traje, ¡a pie!, quién dijo que había carretera, no señor».



De Monquirá, de Chiquinquirá, yo me iba caminando y compraba la sal vigua, ¡quién dijo que era de otra sal, era sal vigua!, la que se traía de Zipaquirá, los bloques de sal negra, yo conocí el templo de sal y allá entraba uno y se echaba su bloque al hombro y en la portería estaba lo que se llama la guardia, ¡pero era negra la sal para comer!, ahora es que es todo escogido, antes no, yo sí pasé por todos esos cambios. ¡Ay Dios!, yo después me casé a los 20 años y a trabajar más se dijo y de treinta años eso era, Virgen Santa, a regar la semilla, a regar... eso no era un tránsito sino un bulto de trigo que había que regar en redondo».

Doña Rita se casó con el señor Miguel María Sierra, pero prefiere no hablar mucho más de él, «¡hummm... no ve que a él lo “despeñaron” en la montaña La Leonera en Arcabuco; allá se fue un día, a él no le gustaba trabajar sino allá con sus políticos... y se fue, como uno no podía decirle nada, se lo llevó un compañero y por allá que pa' conocer la laguna, y ese señor dice que él se cayó y humm, esa peña era como de 80 metros de hondura y eso para sacarlo hubo que amarrar a una gente para encontrarlo, fue amarrado Óliverio mi hijo y otro chino, pero eran bien chinos, para poder dar con él; quedó enredado en una raíz o sino hummm (se lleva la mano a la cabeza) no lo habían podido sacar. ¡Eso fue tremendo, tremendo!».

Tuvo ocho hijos. Gloria, la mayor a quien no ve hace años y que tiene dos hijas que «hummm, yo no sé»; Óliverio y Pedro «son los únicos que están viendo por mí con las otras dos nietas Luísta y Natalia»; Sixta, que «trabajó en el hospital treinta y nueve años, pero la operaron de la columna y quedó mal operada, está en silla de ruedas y yo creo que fue la droga, digo yo, quién sabe, la volvieron ciega, a ella la tienen que lidiar entre dos»; Giomar que «fue profesora; por allá trabajó en Labranza Grande, pero por allá donde la gente en esa ocasión era muy mala, digo yo, era mala, le hicieron “mal postizo” cuando un día llamaron a Óliverio, al hermano, que fuera y la trajera, pero hecha un cadáver y no quedó bien de la cabeza, pero Luísta, mi nieta, me la tiene ahora como una muñeca de linda ¡parece una muñeca!; me la tiene muy bien, y ahorita Luísta se va para Alemania, pero la deja con los médicos, es que Luísta es médica, ¡ella es médica!; yo por eso digo bendito el Señor, ella se va para Alemania porque allá salió favorecida en algo, donde se unen las naciones, y ella salió favorecida como colombiana, ella es doctora por allá!; Marcela que se casó y está por allá en otro lado, lejos, adelante de Chiquinquirá, pero toca dejarlas que hagan sus cosas, hay otro que está perdido hace años y el menor, Edilberico que se ahogó de 29 años, el destino, no necesita de ser el mejor nadador ni cosa que se le parezca, él era muy católico, era un chino muy católico, iba a cumplir 29 años, era un chino; el padre Veremundo se lo lavaba para donde él se fuera porque él era muy católico, pero el destino lo arrebató y se ahogó aquí no más en una represa, ¡ay Dios, eso es tremendo!, era otro hijo que sí salía diez veces a la calle, diez veces se acordaba de la mamá; una panelita, un dulce, mejor dicho cualquier cosa, pero el destino se lo lavó. Eso fue tremendo para mí, ha sido muy duro, muy duro, pero mi Dios sabrá por qué fue así, él sabe todo y cómo es que son las cosas».



Quien conoce o ha escuchado hablar de doña Rita, sabe que por años fue la «sabedora» de la medicina con plantas de la región; conocía muy bien sus usos y para qué servían y aunque dice no recordar ya muchas, en la charla era inevitable hablar de este tema que por años fue el principal referente de su qué hacer diario: «Ay Jesús, a ver de las que me acordó: saus, plátano, durazno, naranjo, limón, eso de árboles frutales, de agricultura, ya no se da nada acá y de las plantas para sanar el hinojo, ajenojo, pero ahorita no hay nada porque eso el agua, el agua es tremenda, primero fue el invierno y ahorita es el verano. La limonaria, la nuda, la hierbabuena, la sábila, la flor de la caléndula, la manzanilla... eso habla hartas que le servían a uno, pero ya no hay casi! Por ejemplo, si le duele la barriga se debe echar un cogollito de manzanilla chiquita — es que hay manzanilla de matricaria y manzanilla chiquita—, un cogollito de manzanilla y un cogollito de ajenojo o de toronjil y se la toma con agüita calentica. Y para sacarse un frío del pecho, se puede bañar con agua tibia con hinojo. Ahora es que las señoras son muy delicadas, a uno le tocaba era trabajar, darle de mamar al infante, échalo a una hamaca, —se hacía una hamaca de lado a lado, o se hacía un chinchorro en redondo— y se echaba al chino ahí y el viento lo mecía y a trabajar se dijo... eso no crea, eso fue duro, ¡duro!, en cambio para hoy que bueno».

Sobre el nacimiento de los hijos cuenta que: «A mí me ayudó fue ¡mi mamá!, en esa ocasión no había ni qué médicos, ni un hospital, ¡nada!, eso fue hummm... eso no fue cualquier cosa, pero eso que ahorita la juventud no está sana, porque tiene que ser con médico todo, no está sana, ahora solo son puras drogas pa' todo. Y para ayudarlo a parir a otras, el bebé nacía y ahí estaban las cobijitas listas pa' limpiarlo y estuvo, y amárrele el ombligo y ya tenía uno todo listo... eso como le digo, hoy las señoras son muy delicadas, muy exigentes».

Doña Rita es feliz de recibir gente para conversar un rato y narrar historias de su larga vida; es una verdadera contadora de historias, tiene tanta sensibilidad en su tono y en su forma de expresarse, habla claro y con gestos bien acentuados reitera cada frase que pronuncia. Dice sentirse cansada porque su vida ha sido «bastante duras», y no hay duda de ello. Sus historias, que hoy cuenta con cierto desparpajo, muestran la realidad latente de los años en los que, a los ojos de un presente desmemoriado, las mujeres eran la sombra del hombre de la casa: de su padre, de sus hermanos, de su esposo y de sus hijos. Doña Rita se coge la cabeza y con asombro logra reconocer su fortaleza y energía; así brío con el que sacó adelante a su familia y del que hoy se siente realmente orgullosa.

Anterior



Historicos



Descargar

Quiénes somos

Cartas de los lectores

Suscríbete